

## Capítulo XVIII

### Las tempestades.

Colon que aguardó algunos dias en la bahía de Samaná á que hiciera buen tiempo para ponerse en camino, el 16 de Enero, aprovechando un viento favorable, se dió á la vela dando á la bahía, por la lucha que habia tenido lugar con los isleños, el nombre de golfo de las Flechas.

Dirigióse el almirante hácia el Nordeste deseoso de hallar la isla de los caribes y la de las mujeres solas, para llevar consigo algunos de los habitantes de ellas y presentarlos á los reyes.

Pero los indios que llevaba en su compañía, despues de haber andado algun trecho, le señalaron el Suroeste, que era efetivamente donde estaba Puerto-Rico, isla en la que los indios suponian la existencia de los caribes.

Pero se levantó de pronto una brisa favorable para

España; los marineros que no se habian quedado en Haiti deseaban á toda costa llegar á su pátria. Pinzon aprovechaba todas las ocasiones de desprestigiarle, y tanto por esto como porque la carabela era de poca consistencia y podia destruir el menor contra-tiempo todas sus esperanzas, resolvió caminar directamente hácia España, con lo cual reconquistó todo el ascendiente que empezaba á perder entre los suyos.

No tardó aquella brisa en calmarse, y el viaje era más lento de lo que todos querian.

Tambien era causa de su lentitud el deterioro que habia sufrido la *Pinta*, cuyo palo trinquete estaba inutilizado.

A principios de Febrero, despues de haber dejado atrás la parte del Océano en donde habian sido molestados por los vientos fijos, pudieron tomar rumbo hácia España.

Colon ansiaba por momentos su llegada á España, porque no dudaba de que los soberanos se entusiasmarian con su triunfo y rendirian á su génio el debido homenaje.

Una de las cosas que más le halagaban, era que Pinzon no hubiera podido realizar su deseo de arrebatarle la gloria.

Pero por la misma razon de que deseaba llegar, de que le sonreía la idea del triunfo, temia á cada instante caer en alguno de los muchos peligros que le rodeaban y hallar en el fondo del abismo un sepulcro oscuro que dejase ignorado su gran descubrimiento.

El día 12 de Enero comenzó á formarse la tempestad sobre su cabeza.

Al día siguiente estalló de una manera amenazadora.

Las dos carabelas apenas podían resistir los embates de las olas.

La noche del 13 la pasaron á palo seco á merced de los vientos, y al rayar el alba del 14 se calmó un tanto el temporal.

Pero no tardó en aumentar el furor, y la consternación se apoderó de todos los navegantes.

¡Momentos horrorosos!

Todas cuantas medidas quería tomar Colon para ponerse á salvo eran inútiles.

La *Pinta* desapareció entre las tinieblas de la noche.

El almirante se mantuvo cuanto le fué posible al Noreste, para acercarse á la costa de España.

Por de pronto la desaparición de la *Pinta* le atormentaba.

Mandó poner luces en el palo mayor de la *Niña*, y esperó con ansia á ver si la *Pinta* repetía aquella señal.

Al cabo de algun tiempo divisó á lo lejos aquella deseada señal.

Vió luces que corrían de un lado á otro con impetuosa velocidad, y que al cabo de algun tiempo desaparecieron por completo.

El desfallecimiento, el terror de los marineros de la *Niña* llegó al último límite.

Al aparecer la luz del día siguiente, el mar era un pavoroso desierto.

En vano buscó la *Pinta* en torno suyo.

Por ninguna parte parecía.

Aquel día de zozobra y de luto fué al mismo tiempo una série de continuos peligrós para los tripulantes de la *Niña*.

¡Qué espectáculo el que presentaban aquellos hombres!

Arrodillados unas veces, imploraban la misericordia divina; otras, en el colmo de la desesperación, prorumpían en terribles imprecaciones, y al fin caían desfallecidos sobre cubierta, aguardando de un momento á otro que una ola les arrastrase para siempre al fondo del abismo.

El sentimiento religioso les dominó.

De hinojos todos hicieron un solemne voto.

La ceremonia fué demasiado original para que no la describa detalladamente.

Dispuso Colon que se tomasen tantas habas secas como personas había á bordo.

En una de ellas mandó hacer una cruz, y reuniéndolas todas en una escarcela, acordaron que el que sacase la haba con la cruz fuese en peregrinación á la capilla de Santa María de Guadalupe, llevando una vela de cera de cinco libras.

Colon fué el primero que metió la mano en la escarcela y á él le cupo la suerte.

Asimismo se echó otra suerte para una peregrinación á Nuestra Señora de Loreto, y le cayó á un

marinero llamado Pedro de Villa, á quien prometió Colon pagar los gastos del viaje.

Asimismo se echó otra suerte para ir en peregrinacion á Santa Clara de Moguer, donde debia celebrarse una misa solemne, y tambien fué Colon el que obtuvo el haba con la cruz.

Pero la tempestad arreciaba, y todos los tripulantes hicieron unido voto solemne de que si llegaban á tierra, no bien desembarcasen irian en procesion con los piés descalzos á dar gracias á la Virgen en la primera iglesia que encontrasen dedicada á su culto. Además de estos votos públicos, por decirlo así, cada cual hizo los suyos particularmente.

El peligro, sin embargo, no se desvanecia.

La tormenta arreciaba cada vez más, y todos los tripulantes se creian perdidos.

La falta de lastre aumentaba la probabilidad de su perdicion, razon por la cual dispuso Colon que todas las botijas y basijas que habia á bordo se llenasen con agua del mar.

Una de las cosas que más le apuraba era la desaparicion de la *Pinta*.

¿Habria perecido aquel buque?

¿Su separacion de la *Niña* seria una nueva desercion de su capitan?

Esta duda mortificaba su abatido espíritu.

Pero para comprender la situacion de su ánimo, para ver brillar en su esforzado corazon un rayo de fé á pesar de estar rodeado de tan inmensos peligros, recorran nuestros lectores la epístola que poco des-

pues escribió á los reyes, porque en ella están condensados todos sus sentimientos, todos sus temores, todas sus esperanzas.

«Hubiera llevado mi mala fortuna con más conformidad si solo mi persona hubiese estado en peligro, así porque soy deudor de la vida al Sumo Criador, como porque otras veces me he hallado tan vecino á la muerte que el menor paso era el último que bastaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afan era considerar que, así como Nuestro Señor fué servido de iluminarme con la fé y la certidumbre de esta empresa, en que ya habia conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habian de quedar convencidos y vuestras altezas servidos de mí, con gloria y aumento de su alto estado, quisiese su Divina Majestad estorbarlo todo con mi muerte; y seria más tolerable cuando no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta afliccion, no solo maldecia su venida, sino es el miedo ó el freno que les pusieron mis palabras para no volver atrás, como estuvieron resueltas á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto me doblaba el dolor de la representacion de mis dos hijos que habia dejado en Córdoba, en el estudio, destituidos de todo socorro en tierra extraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio por el cual creyese que Vuestras Altezas tuviesen memoria de ellos; y aunque por una parte me confortaba la fé que tenia de que Nuestro Señor no permitiria que una cosa de

tanta exaltacion de su Iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos habia yo perfeccionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales querria privarme de la gloria que conseguiria en este mundo.»

La frágil embarcacion zozobraba cada vez más á merced de las revueltas olas.

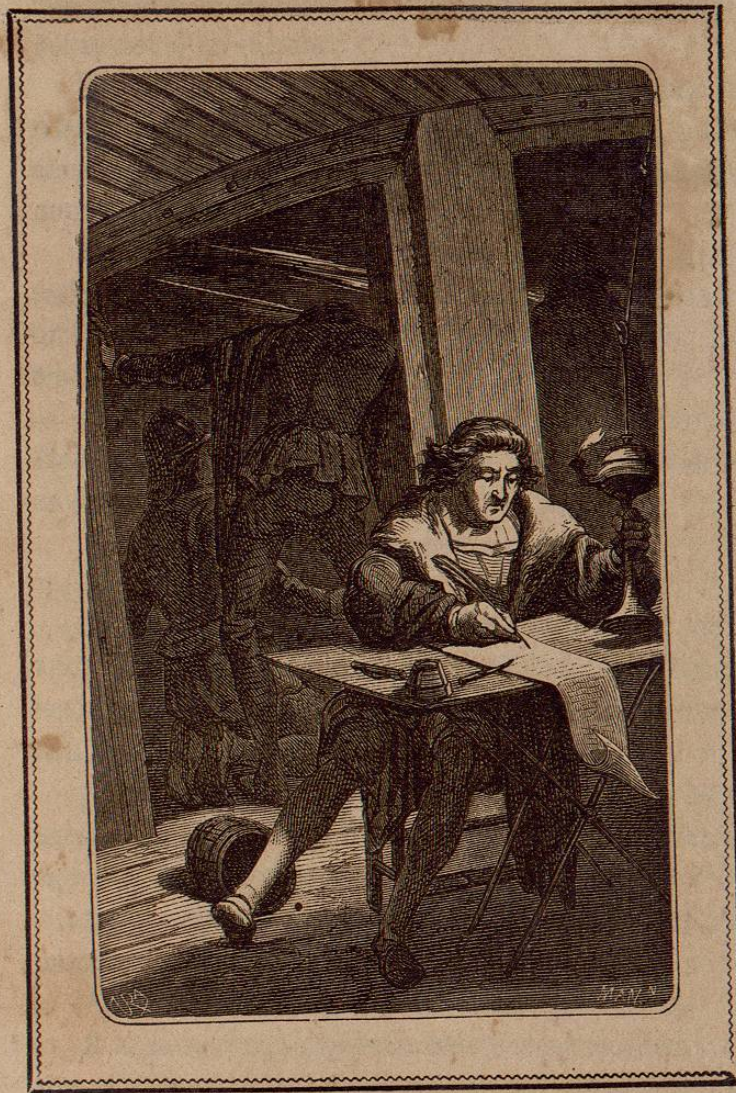
En aquella situacion, para que no quedase completamente desconocida la noticia del descubrimiento que acababa de hacer, trazó en un pergamino en breves líneas las impresiones de su viaje; declaró haber tomado posesion de las tierras que habia hallado en nombre de los reyes, lo arrolló y selló, escribió en él una súplica al que lo encontrase que lo pusiera en manos de los reyes de Castilla y de Aragon, asegurando que los monarcas darian al que les entregase aquel pergamino, sin abrirlo, mil ducados.

Lo envolvió en hule, lo colocó dentro de una masa de cera, lo encerró despues en un barril vacío bien calafateado y lo arrojó al mar, contestando en estos términos á las preguntas que le dirigian los de la tripulacion:

—Con esto no hago más que cumplir un voto.

Antes habia sacado una copia de su escrito, y en otro barril de la misma manera lo colocó sobre cubierta para que, si se perdía la carabela, quedase el barril á flor de agua.

No satisfecho aún, arrojó al mar en la cáscara de un coco herméticamente cerrado otro pergamino



CRISTÓBAL COLON - Trazó en un pergamino en breves líneas las impresiones de su viaje.

con breves líneas, que durante tres siglos y medio permaneció en el mar.

Un marinero de un navío europeo en la costa de Africa, enfrente de Gibraltar, recogió hace pocos años un coco petrificado, y lo llevó á su capitán como cosa curiosa.

El capitán rompió la cáscara para ver si habia resistido á la acción del tiempo el coco, y encontró un pergamino en el cual, en caracteres góticos, habia trazadas estas palabras:

«No podemos resistir un día más á la tempestad. Nos hallamos entre España y las islas descubiertas en Oriente.

CRISTÓBAL COLÓN.»

El Océano guardó trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no lo ha enviado á los europeos hasta ver á la América floreciente y libre rivalizando con el viejo continente.

¡Caprichos de la suerte, que enseñan á los hombres lo que hubiera podido permanecer oculto tantos siglos si la Providencia no hubiera impedido á las olas que abriesen la tumba de Colón en aquellos momentos!

El primer barril no ha sido aún encontrado.

A la tempestad siguieron grandes aguaceros, y un día al ponerse el sol descubrieron hácia el Occidente una banda de cielo despejado.

La esperanza renació en su alma.

El viento no tardó en dirigirlos hácia allí, y al



CRISTÓBAL COLÓN - Traxó en un pergamino en breves líneas las impresiones de su viaje.

romper el día 15, Rui García, uno de los marineros, exclamó:

—¡Tierra! ¡tierra!

La alegría de los navegantes al acercarse al viejo mundo fué mayor si cabe que la que experimentaron al descubrir por la primera vez las fértiles llanuras de la América.

La carabela *Niña* estaba un paso de la isla portuguesa de Santa María, una de las Azores.

La tarde del 17 de Febrero se acercaron por fin y lograron anclar; pero el cable no pudo resistir el impulso de las olas, y tuvieron que salir á alta mar, donde, combatidos por la tempestad, tuvieron que permanecer hasta la mañana siguiente.

Una enfermedad cuyos primeros síntomas habían molestado á Colon durante su primer viaje, se agravó en él.

Era la gota.

Pero á pesar de su dolencia no quiso abandonar su puesto un solo instante.

Al fin pudo enviar un bote á la isla, y los marineros y el piloto que fueron en él no tardaron en hallarse entre portugueses, los cuales estaban asombrados de que un barco como la *Niña* hubiera podido salvarse de la tormenta que con tanta furia había azotado el mar durante quince días.

Su asombro se convirtió en curiosidad cuando supieron que aquella endeble carabela llegaba de extraños y remotos países.

Durante toda la noche no se habló en Santa María más que de la llegada de los viajeros, y cuando Juan de Castañeda, gobernador de la isla, supo que era Colon quien mandaba la expedición, recordando que había sido antiguo conocido suyo, mandó á uno de sus emisarios para que le felicitase por su bienvenida, y le participase que al día siguiente iría á saludarle.

Regresaron los marineros á bordo de la *Niña*, y después de buscar un paraje seguro y abrigado, se entregaron tranquilamente al sueño, departiendo antes con la mayor alegría.

Todos querían ir á tierra porque tenían noticia de lo agasajados que habían estado sus compañeros la tarde anterior, y pasado el peligro ninguno se acordaba ya de los votos que había hecho.

—¿Tan pronto habeis olvidado,—exclamó el almirante,—la promesa que hicimos en el momento del peligro? ¿No os acordais que prometimos, apenas encontrásemos tierra, ir en procesion al templo donde se rindiese culto á la Virgen María.

—Sí, sí,—exclamaron todos,—guiadnos vos: todos os seguiremos.

En la playa, y á poca distancia del mar, se levantaba una ermita dedicada á la Virgen.

Colon envió á la mitad de los marineros á que fuesen á cumplir su voto, y él se quedó con los restantes en el buque esperando á que volvieran para ir á su vez con ellos á la capilla.

¡Cuán ageno estaba en aquellos momentos en que

elevaba al cielo su ferviente plegaria de lo que iba á pasarle!

Antes de referirlo veamos lo que habia ocurrido en la isla y cuál era la actitud del gobierno portugués y sus pensamientos respecto de Colón.

## Capítulo XIX.

### Las armas de la envidia.

El rey don Juan II no podia olvidar el desaire que Colón le habia hecho al brindarle su proteccion por medio de su emisario.

El amparo que le habian dispensado los Reyes Católicos habia despertado en él unos celos implacables, y ya vimos que al principio de su viaje tres carabelas acechaban la llegada de las del almirante para luchar con ellas y destruirlas si era posible.

El rey de Portugal, que comprendia la inmensa gloria que alcanzarían los Reyes Católicos si el proyecto de Colón obtenia un éxito favorable, seguia con el pensamiento á aquel audaz marino, y su desesperacion fué inmensa desde el momento en que el Océano se interpuso entre sus miradas y las carabelas que navegaban hácia el Nuevo-Mundo.

Los amigos de Colón ponderaban su génio, su